

Urbanismo e historia.

Dos claves interpretativas de la recepción de Ernesto Volkening a Gómez Dávila

Recibido: 27/07/2022 | Revisado: 27/03/2023 | Aceptado: 13/04/2023
DOI: 10.17230/co-herencia.20.38.5

Alfredo Abad*

alfredoabad@utp.edu.co

Resumen Este artículo analiza en primera instancia la lectura y consideración hermenéutica que Ernesto Volkening realiza de la obra de Nicolás Gómez Dávila. Tras una presentación de las pautas interpretativas que se dan en el *Diario de lectura* de Volkening, se considera luego el interés de los autores por la arquitectura y el urbanismo modernos, como claves para la crítica del modo de vida reificante del hombre actual. Posteriormente, se ilustran las pautas que abordan la historia y la historicidad, bajo la idea de una comprensión hermenéutica gestada en los contextos, opuesta a cualquier determinismo y puesta en marcha bajo la impronta de la singularidad e individualidad.

* Profesor Titular de la Escuela de Filosofía de la Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia.
ORCID: 0000-0002-7278-5797

Palabras clave:

Determinismo histórico, historia, hermenéutica, individuo, urbanismo, Ernesto Volkening, Nicolás Gómez Dávila.

Urbanism and History: Two Interpretative Keys of the Reception of Ernesto Volkening to Gómez Dávila

Abstract Initially, this article examines Ernesto Volkening's critical reading and hermeneutic consideration of Nicolás Gómez Dávila's work. After presenting the interpretive guidelines in Volkening's *Diario de lectura*, the authors' interests in modern architecture and urbanism are analyzed as keys to criticizing our reifying way of life. Subsequently, guidelines that address history and historicity are provided, under the implied notion of a hermeneutic understanding exemplified by context, unbinding from any determinism, and embodying a singularity and individuality.

Keywords:

Historical determinism, history, hermeneutics, individual, urbanism, Ernesto Volkening, Nicolás Gómez Dávila.

Pasé el rato con Nicolás Gómez Dávila en su biblioteca que recuerda la de un monasterio benedictino [...] ¿Cómo es posible que en nuestros días se reúnan en una persona tantas tamañas cualidades del espíritu? Alrededor de 1880 aún había en Alemania hombres de su talla. Tuve que llegar a los sesenta y cuatro años de edad para ver y creerlo.

E. Volkening, Diario, 10 de noviembre de 1972

El 23 de mayo de 1973, Nicolás Gómez Dávila le entregó a Ernesto Volkening siete tomos inéditos de los *Escolios a un texto implícito*. Estos tomos serían los que en 1977 verían la luz editorial en los dos volúmenes publicados por el Instituto Colombiano de Cultura, con algunos cambios que se explicitan en el aspecto formal de algunos escolios. La recepción que de ellos hizo el crítico fue totalmente *sui generis*. No solo los leyó, sino que también hizo comentarios a algunos de ellos en cuadernos escolares, cinco en total. Volkening escribía a lápiz los escolios elegidos y los comentaba al frente en la página siguiente, en una labor paciente y denodada. En esos escolios a los *Escolios*, Volkening estableció con su interlocutor un diálogo en el cual plasmó sus impresiones, sus críticas, sus cuestionamientos, sus coincidencias. En la lectura de sus anotaciones, es pertinente explicitar algunos rasgos y temáticas que se alinean en el propósito de esclarecer las disposiciones interpretativas que se consolidan en el ejercicio llevado a cabo por don Ernesto.

1. Horizontes de comprensión e interpretación

En este abordaje es preciso hacer referencia a distintos aspectos sobresalientes. Se trata de la primera lectura de los *Escolios* que culmina con un comentario concreto a muchos de ellos, lo cual la convierte en la primera recepción crítica de una obra que, para la época, permanecía inédita. Se trata también de la manera como estos fragmentos de Gómez Dávila son escoliados por un lector sumamente atento, realizando una obra especular que podría asumirse

como escolios, en este caso, a un texto explícito. Como lo plantean Efrén Giraldo y Camila Cardona:

Los cuadernos son, pues, la continuación de una conversación entre dos intelectuales, lo que supone, necesariamente, el encuentro entre lecturas. El carácter dialógico de las notas se da como si, con cada esolio, Gómez Dávila propusiera un tema de conversación, una discusión y Volkening la continuara (2018, p. 223).

Estas derivaciones interpretativas ponen en evidencia un sinnúmero de aspectos que van desde la exégesis que intenta aclarar aspectos oscuros, hasta el rastreo de afinidades ideológicas, clasificaciones estilísticas, exposiciones intertextuales, objeciones críticas, hasta una interpretación general de lo que representan ideológica y vitalmente los *Escolios a un texto implícito*. De igual forma, muchos de estos comentarios hacen eco de ideas e intereses que Volkening había desarrollado ya en su amplia obra. En ese sentido, se convierten en exposiciones que reflejan su propio pensamiento, el cual en ciertos aspectos coincide con el de Gómez Dávila.

La recepción y acogida de Volkening frente a la obra de Gómez Dávila no es pues sorprendente. Las acotaciones del primero revelan una fuerte conexión y similitud en tópicos que fueron recurrentes en la obra de uno y otro. En algunos casos, revelan también consideraciones personales que se ofrecen después de la lectura de un esolio, evocaciones subjetivas cuya importancia no radica solamente en lo expuesto, sino en la actualización de una experiencia personal; definiendo así el carácter vívido e inmediato de la recepción de una obra que, de igual manera, fue escrita con esa característica. Además, lo interesante de estos comentarios es que no tuvieron nunca el propósito de ser publicados. Una vez culminados fueron entregados a Gómez Dávila, quizá como muestra de admiración de un lector ávido y receptivo. Por fortuna, Gómez Dávila los conservó, siendo hoy parte del patrimonio adquirido por la Biblioteca Luis Ángel Arango. Estos comentarios de Volkening son pues, esbozos directos e inmediatos que revelan un ímpetu, una necesidad derivada del hallazgo de una afinidad, son la germinación en un espíritu que condensa ciertas ideas para actualizarlas y hacerlas también suyas mediante la interpretación realizada.

Volkening llevó a cabo, quizá sin pretenderlo, una labor de auténtico escoliasta. Por supuesto, la había efectuado ya Gómez Dávila con sus *Escolios*, solo que en ellos el texto comentado, interpretado, recreado, estaba implícito, oculto entre la vastedad de sus lecturas. Lo que Volkening hace manifiesto es el oficio de escoliasta desde un procedimiento noble: comenta, reflexiona, medita con propiedad, desde su horizonte intelectual, los fragmentos que avivan su asombro. Este crítico explicita de una manera fiel la labor apasionada y fecunda de un lector inteligente en el cual germina *la idea apenas esbozada*. Receptor, pues, pero también intérprete. Sus merodeos por entre los miles de fragmentos a los que tuvo acceso no fueron consideraciones sistemáticas, académicas y mucho menos estimaciones imperativas sobre el entramado gomezdaviliano. Por el contrario, se trata de un abordaje en el cual se descubre una actitud distinta, la de un lector que afirma su propia distancia ante el texto comentado, separación dada por el respeto que le merece Gómez Dávila, como también desde el hecho de darse cuenta de que, como acontece en todo procedimiento interpretativo, la comprensión se da a partir del propio horizonte, desde un enfoque personal y vital que rechaza de plano una aproximación objetiva. Lejos están pues sus comentarios de la rigidez científicista y academicista que tanto abunda hoy en ciertos medios. De hecho, coincide enteramente con la manera como Gómez Dávila ejerció su “oficio” de lector, desde la plenitud que solo concede la lectura por placer, desde el horizonte de aficionado que se desmarca de cualquier actitud profesional.

Los comentarios de Volkening son un muy buen ejemplo de cómo se cumple la disposición hermenéutica que Gómez Dávila establece en un esolio revelador: “Las frases son piedrecillas que el escritor arroja en el alma del lector. El diámetro de las ondas concéntricas que desplazan depende de las dimensiones del estanque” (1977a, p. 26). Esta concepción de la recepción que un lector realiza es puesta en evidencia por Volkening cuando acierta al afirmar que “[...] una frasecita de modestas e inofensivas apariencias [...] constituye uno de esos raros aciertos que en el lector ponen en movimiento todo un complejo y complicado mecanismo de ideas [...]” (2020, p. 177). De hecho, no solo esta recepción particular, sino gran parte

de los comentarios del *Diario de lectura*, surgen de la amplitud que se gesta desde cada escolio hacia un horizonte interpretativo suscitado por la disposición y recepción del lector. En esa anotación, al igual que en casi todos los comentarios, el ejercicio hermenéutico se concibe a partir de la posibilidad de entablar un vínculo fecundo desde las posibilidades que el receptor brinda. Círculo interpretativo que demanda en este caso, además de la peculiaridad del texto, la exigencia del lector que extrae sus implicaciones, sus relaciones, su intertextualidad.

Volkening fue consciente de esta condición al destacar los atributos y las particularidades de las reflexiones que derivaban de su lectura, los cuales provienen de su propio contexto, claro está. Con estas palabras subraya cómo se constituye su recepción:

Desde luego, sólo puedo ver la personalidad detrás de los *Escolios* a través de mi propio medio vital y espiritual, y el solo intento de substituir a esta óptica peculiar un enfoque basado en algo así como la objetividad “químicamente pura” estaría condenado a desembocar en la insinceridad, y por ende la falsificación de perspectivas: NGD no es un fenómeno de las ciencias naturales, constituye la unidad entre el hombre y el pensador, un hecho humano [...] (Volkening, 2020, p. 9).

Es más que un *hecho*, claro está. Además de la ingenuidad que revelaría la pretensión de objetividad en una recepción de esta clase, negaría así mismo la necesaria adopción del filtro que fija el lector, el cual en este caso es llamado por Volkening su *medio vital y espiritual*. Inequívocamente se parte así de la condición en la que lector y texto se funden, pero no como recepción objetiva del último, como asimilación de un significado; por el contrario, es claro que Volkening establece la comprensión de un sentido. A pesar de las similitudes que se explicitan en la medida en que se resaltan en los cuadernos las afinidades espirituales de ambos, es preciso indicar que Volkening instauro la constitución de un sentido que, al provenir del texto, lo reconstruye al asimilarlo desde su propia condición personal. Es una circunstancia bastante notable en todo el conjunto de los comentarios. La lectura de un texto ajeno se hace propia al considerarlo a la luz de una perspectiva individual instaurada desde sus vivencias. En otras ocasiones, los cuadernos permiten descubrir las asociaciones que el comentarista ilustra a la hora de establecer contactos con lec-

turas previas. De esta manera puede llegar a exponer relaciones en las que, en un escolio leído, identifica ideas similares de otros autores, consolidando una idea, comparándola, contrastándola.

Estas relaciones, sin embargo, se dan en muchos casos desde un atributo que la hermenéutica contemporánea ha señalado, acerca de cómo nuestra actividad interpretativa se basa en las correspondencias dadas a partir de las afinidades y divergencias. Más que a una actividad de la razón, las apreciaciones están circunscritas en muchos casos a ámbitos que la desbordan. Justamente, las sospechas de Nietzsche se orientan en este sentido cuando registra el terreno abisal y oscuro que envuelve y sustenta los juicios. Es justo lo que consigna Gómez Dávila en un escolio que registra y comenta Volkening: “Mucho más que por raciocinios, la inteligencia se guía por simpatías y ascos”. Sobre esta particularidad se acentúan muchos de los juicios que se encuentran en los cuadernos. Así: “La limitación de todo racionalismo estriba en no querer verlo. Mas en el fondo, el no querer es un *no poder verlo*, según lo expuesto a propósito del escolio precedente” (Volkening, 2020, p. 139). Lo que el racionalismo no puede ver es el hecho de que los juicios están movidos por un *pathos*, y esta limitante de su interpretación radica en que ¡la razón es el objeto de su simpatía! Es incapaz de asimilar que los juicios están determinados por un ámbito emocional que socava la pretensión de identificar un referente estrictamente racional, lógico, frío.

Vale la pena resaltar esta constitución interpretativa porque registra un reconocimiento que pocos estarían dispuestos a aceptar cuando se emite un juicio cualquiera. En efecto, las alusiones que el propio Volkening establece en torno a cómo entre ambos autores se comparten afinidades y simpatías, y, por supuesto, repugnancias, son claves para la comprensión de estos textos. En esta especificidad se configura pues una interpretación que tiene en el *pathos* su principal referente.

Partiendo de esta condición, los cuadernos ilustran ideas y autores que son objeto de simpatías y desagradados. En vista de que a partir de las primeras se logra consolidar un referente mucho más detallado y, además, una especificidad que logra aclarar las posturas gomezdávilianas, es necesario precisar los énfasis que Volkening señala en sus comentarios con respecto a dos temáticas recurrentes: el urbanismo y, en segunda instancia, la historia.

2. Urbanismo y modernidad

Los rasgos que comparten Volkening y Gómez Dávila son evidentes, sobre todo en relación con sus discrepancias con el mundo moderno. Entre esas afinidades se destaca el interés por rescatar del positivismo y la trivialidad del terreno empírico cada una de las experiencias que el hombre establece en sus relaciones con un mundo en el que, en gran medida, se acentúa la cosmovisión mágica que lo envuelve. Esta cosmovisión integra de manera amplia el sentido de la religiosidad y la apreciación mítica, aspectos sobre los que constantemente está haciendo referencia Volkening en sus anotaciones. Por ello, es imprescindible destacar el recorrido que hace y precisar sus prioridades y motivaciones.

En el apartado anterior se hizo alusión a cómo muchos de los comentarios de Volkening derivan de impresiones personales y experiencias vitales como las que consigna en torno a sus vivencias en la Europa en la que creció, así como del ambiente en el cual fue formado. Entre la serie de consideraciones que sobresalen, la apreciación de la arquitectura tiene en ambos una gran importancia. Además de lo que se encuentra en los cuadernos que aquí se abordan, en realidad para Volkening las apreciaciones sobre la ciudad se registran en otros textos en los que se describen no solo las impresiones que logra captar en sus recorridos, sino también el sentido perdido, sobre todo de la infancia, que el urbanismo moderno va dejando atrás. Estas coincidencias no tienen simplemente un origen en un gusto estético o una preocupación arquitectónica. Se trata de una visión por completo arraigada en una concepción antropológica, concretada también en el entorno que rige al hombre contemporáneo.

Ni para Gómez Dávila ni para Volkening fue ajena la recepción de la ciudad como espacio que envuelve al hombre dentro de ciertas configuraciones del urbanismo moderno. Hay distintas alusiones en los *Escolios* que también son comentadas en los Diarios y, así mismo, descripciones recurrentes hechas en *Los paseos de Ludovico* (2019) que se enfocan en este tipo de percepciones. Pareciera que los rasgos de la ciudad, y las descripciones que de ella hace Volkening en su *Diario de lectura*, consolidan un espacio vital en el cual anida el alma

que la habita. No es, pues, solo una imagen de una referencia cosmopolita que ahogue al hombre, que lo inserte en un medio en el que se geste una lucha por la sobrevivencia, sino también el entorno que acoge la espiritualidad del transeúnte, como morada y hogar.

Lo mismo sucede en *Los paseos de Ludovico*, donde se expone el arraigo, el acogimiento de un transeúnte por las calles, por los barrios, por las atmósferas que circundan el itinerario y también la intimidad del caminante. Se habita una ciudad como un hogar, contrario a lo que ocurre en la ciudad moderna que asfixia al hombre y lo convierte en individuo marginado y ajeno a un modo de existencia que acoja su presencia. En ese sentido, Gómez Dávila increpa el urbanismo contemporáneo. La ciudad moderna despersonaliza, convierte al ciudadano en un anónimo al que margina, asimilándolo como algo que usa su espacio o cumple una función dentro de un mecanismo.

Parte de esta asimilación está emparentada con las consignas contra la dimensión técnica y unidimensional que dirigen buena parte de los dardos críticos de Gómez Dávila en relación con el progreso. Y en este caso puntual, con el progreso urbanístico, pues se trata del desarrollo de una cosmovisión en la que se pierde el residuo de lo sagrado, emparentado con el entorno natural que envuelve la vida campesina, tan cara a Gómez Dávila. La hostilidad con la que percibe el sumidero que es una ciudad moderna contrasta con su percepción del entorno bucólico con el cual caracteriza el refugio espiritual del hombre en otras épocas. Dos escolios dan cuenta de esta concepción:

– La arquitectura moderna sabe levantar cobertizos industriales, pero no logra construir ni un palacio ni un templo.

Este siglo legará tan sólo las huellas de sus trajines al servicio de nuestras más sórdidas codicias (Gómez Dávila, 1977a, p. 203).

– La ciudad desaparece, mientras el mundo entero se urbaniza.

La ciudad occidental fue persona.

Hoy, la hipertrofia urbana y el centralismo estatal la desintegran en mero hacinamiento inánime de viviendas (1977b, p. 182).

El rechazo se consolida entonces en dos percepciones distintas, pero complementarias. La pérdida del entorno que da cabida a lo sagrado desenvuelto en la representación arquitectónica que la modernidad ya no es capaz de recrear, y la despersonalización de la ciudad que se da en un ámbito en el cual no es más que receptáculo acumulativo de ciudadanos sin alma.

Ambas perspectivas consolidan la mirada de un filósofo que no puede ver en la ciudad moderna sino la aglomeración exponencial que degrada la calidad de vida a instancias de la aceleración y el crecimiento cuantitativos. El ruido, la prisa, las comunicaciones apresuradas, el ritmo maquínico, la consolidación del hombre como utensilio y pieza de una estructura que lo simplifica y lo convierte en medio, herramienta, engranaje funcional de un mecanismo. Asimilar la ciudad como persona resulta quizás desconcertante para quien no vea en ella la apertura y el acogimiento que permite al ciudadano desplegar con amplitud y confianza su propia experiencia vital, su humanidad e individualidad.

Insertarse en la ciudad contemporánea es básicamente perder el rostro, marginarse en el vacío anónimo de quien no reconoce su ciudad como espejo, de quien en ella no sea capaz de reconocerse. Eso es lo que Gómez Dávila postula, el olvido de una pertenencia, el desarraigo, la marginalidad, el recorrido amorfo por un espacio que no se lleva dentro, dispuesto por calles, por edificaciones, por lugares que cerraron su habla, su voz. Por supuesto, hay cierta idealización de la ciudad soñada, hay cierto romanticismo en la perspectiva de Gómez Dávila de una idílica atmósfera que, en buena medida, es imposible de alcanzar salvo en la misma ensoñación romántica y nostálgica de un pasado perdido.

Gómez Dávila involucra su consideración reaccionaria en la imagen de la ciudad, una evocación melancólica de una visión infantil o juvenil que se ha perdido. De manera análoga, Thoreau concebía su crítica a la sociedad industrial, enmarcado en el ambiente descrito en *Walden* (2004); el retorno idílico (y puesto en práctica de manera individual por el propio autor) a una vida que, desde una cabaña en el bosque, subvierte las prácticas enmarcadas en el utilitarismo, en la exagerada productividad y el consumo, valorando la inmersión

que el hombre puede realizar en sí mismo. Ciertamente, hay algunos aspectos biográficos,¹ y también sugerencias en la obra de Gómez Dávila, desde los cuales pueden evidenciarse los paralelismos entre estas dos visiones. Si bien ya ha sido objeto de crítica la imagen del bogotano como un misántropo ajeno al mundo y al resto de sus congéneres, Gómez Dávila sí fue un pensador marginado emocional e intelectualmente del mundo en el que vivió. No se sentía a gusto, ese es un rasgo característico de su obra. ¿Qué motiva ese disgusto? El menoscabo, cada vez más definido, de un mundo natural, sencillo y noble que la ciudad no le ofrece.

Lo que la percepción anterior declara es sin duda, el resquebrajamiento de la sacralidad y del encantamiento del mundo. Estas tesis, enmarcadas en fuentes reaccionarias, evocan un sentido de pérdida que despierta los ecos de un naturalismo romantizado. Una naturaleza cada vez más ajena a partir del consumismo, la industrialización, la prisa. Al inicio del primer tomo de *Nuevos escolios* se declara: “Camino entre tinieblas. / Pero me guía el olor de la retama” (Gómez Dávila, 1986, p. 5). La naturaleza como guía, como ánora también, como precepto y referente que concentra el sentido desde donde se interpreta también el espacio urbano. Es así, igualmente, una invitación a la vida contemplativa, a la manifestación de un ámbito centrado en la convicción práctica de un modo de vida ajeno a los excesos de la productividad y los derroches tecnológicos, económicos y utilitaristas. Como lo declara Montaigne, uno de los santos patrones de Gómez Dávila:

Ya hemos vivido bastante para los demás, vivamos al menos para nosotros este retal de vida. Volvamos hacia nosotros y nuestro bienestar, pensamientos e intenciones. No es poca cosa asegurarse el retiro: bastante nos ocupa ya sin necesidad de añadirle otras empresas (Montaigne, 1995, p. 306).

Desde esta perspectiva se mora al margen de la exigencia de la productividad y el desahogado ritmo de la tecnocracia capitalista, destacándose un sosiego que contempla, que se permite dilatar el ocio y captar la plenitud de algunas actividades poco productivas

¹ Como las constantes visitas de Gómez Dávila a su hacienda Canoas en Soacha. Claramente, hay un vínculo entre lo expuesto y la necesidad de desenvolverse en un ambiente que dista de la inmersión en la ciudad.

que se definen en este caso a partir de una orientación ético-estética en el encuentro y cuidado de sí.

La pertenencia espiritual a un espacio idílico se ve rota en el contexto citadino de la modernidad signada por la celeridad, la producción masiva, la masificación. La ciudad como concentración de una expresión caótica que signa la vulnerabilidad espiritual del hombre moderno, cosificado por ritmos de vida ajenos a un equilibrio naturalista definido por el enfoque reaccionario, y, además, envuelto por una arquitectura hostil:

– La ciudad moderna no legará sino cloacas a los arqueólogos futuros (Gómez Dávila, 1977b, p. 327).

– Sólo redimirán la ciudad moderna las ortigas que crezcan en sus ruinas (1977b, p. 348).

Volkening postula una postura muy similar al comentar el escolio 315 de Gómez Dávila (“El hombre moderno destruye más cuando construye que cuando destruye”):

¡Muy cierto es! A los tres o cuatro días de haber llegado a Amberes en 1968, descubrí que una calzada de asfalto partía en dos el Nachtegalenpark, uno de los parques más hermosos de Europa, el bosque encantado de mi infancia. ¿Por qué no haberlo arrasado con bombas de nafta? Lo hubiera aceptado como se aceptan las catástrofes. La mutilación, en cambio, la sentí en carne viva, y me daban ganas de vomitar (Volkening, 2020, p. 123).

Este tipo de declaraciones no son valoraciones urbanísticas o arquitectónicas en un sentido técnico. Se trata de enfoques desde los que se aprecia y valora el entorno que envuelve la realidad espiritual del transeúnte y del ciudadano. Pero no del ciudadano moderno como catálogo de procedimientos, de funciones, sino como manifiesto vital que se moviliza favorecido por un espacio que lo acoge integralmente. En ese sentido, Volkening también ofrece una asimilación análoga, como se refiere a continuación:

A esta altura no podría considerarse sospechoso que la ciudad era para él [...] como su mismo hogar y, por lo tanto, cada actividad suya en la *cité* como si fuera una más de su casa. Entonces la ciudad es como aprehender su hogar mismo y lo allí esperado, amado (sus padres y su vida) [...] (Peña, 2010, p. 147).

Vista así, la ciudad es asimilada de manera ideal como un contexto que se habita significativamente y no como un receptáculo carente de sentido o categorizado bajo una óptica unidimensional. Parte de las observaciones que ambos hacen en torno a la ciudad -sus nostalgias, sus pretensiones, su desdén- deriva de la asimilación no positiva de los fenómenos, en cuanto estos son estimados desde perspectivas ajenas a esa constitución. La significación de una calle, de una edificación, de una plaza, propician la identificación de una apreciación naturalista que invoca por lo general una huella mítica o religiosa que contrasta con la recepción estrictamente fáctica o, desde otros sentidos, utilitarista.²

De este modo, se consolida una axiología urbana cuyo paradigma es la naturaleza, enmarcada en una recepción romántica, idealizada en este caso, por los sueños reaccionarios. Al respecto, es importante resaltar que esta valoración catapulta las experiencias que el transeúnte, al habitar un espacio asimilado desde una potencialidad significativa, traduce en vínculos que consolida en el arraigo al que pertenece. Estos vínculos están determinados en gran medida por la invocación a lo sagrado, lo misterioso, lo mágico, aspectos altamente valorados dentro de la consolidación de la pertenencia que brinda un sentido y una significación al desenvolvimiento del habitante que todavía puede sentirse arraigado a un espacio urbano que no haya perdido los vínculos con lo trascendente y el misterio que lo envuelve.

3. Hermenéutica de la historia

La visión de la historia en Gómez Dávila se explicita desde una interpretación que dista de la estricta confrontación fáctica a la cual se suele reducir cuando se asume como una descripción de hechos,

² Al respecto, un escolio comentado por Volkening lo corrobora. “[...] ¿Morará mi corazón eternamente bajo la sombra de la viña, cerca a la tosca mesa, junto al esplendor del mar?” (Gómez Dávila, 1977a, p. 87). Determinado por un enfoque donde la nostalgia constituye el asunto principal, este fragmento es definido en su comentario por la irrevocable pérdida que origina ese dolor tan característico en el ser humano: “Y la nostalgia, ¿qué es sino un estar lúcidamente, dolorosamente consciente de que el tiempo perdido no se recupera?” (Volkening, 2020, p. 43). Porque la nostalgia llega a ser, así, un sentimiento que define de manera categórica el manifiesto reaccionario.

de lo que *ha ocurrido*. La historia es más que los hechos en bruto que acontecieron; excluye, además, la asimilación lineal u omnicomprendiva de esta. La apuesta del filósofo colombiano de controvertir los parámetros positivistas de la historia y, así mismo, las visiones reduccionistas de un sentido, de una regularidad, de un determinismo, se forja bajo una cierta concepción nominalista de la historia que se entretiene en la dirección interpretativa que opera en la escritura de los *Escolios*. La lectura que Volkening realiza en torno a una gran cantidad de fragmentos que abordan el asunto desde distintas ópticas es sumamente fructífera. Da cuenta de líneas de interpretación que no son fáciles de asimilar a raíz del carácter irreductible que las respalda, a partir del cual no es posible identificar un marco definitivo desde donde puedan ser consolidadas. Por el contrario, Volkening reconoce el carácter sutil que las define y efectúa una interpretación sobre la base problemática que conlleva la visión, a veces difusa, pero no absurda, de la historia de acuerdo a Gómez Dávila.

En ese sentido, la lectura y los comentarios de Volkening logran identificar una problematicidad sugerente que se consolida en las interpretaciones que Gómez Dávila expone. Por otro lado, es necesario indicar que las apreciaciones hechas acerca del tema tienen en todo caso una fundamentación circunscrita a una cosmovisión que, en concordancia con el apartado anterior, remite a la idea de un universo incoherente y misterioso en el cual la constitución mágica que lo rige define ampliamente la imposibilidad de una estructuración racional o lógica de la historia que lo cruza.

Dentro de la configuración de los problemas abordados, se introduce la significación y definición de lo que el historiador narra, pues una historia es una narración que, desde una exigencia habitual, habría de coincidir con los hechos; sin embargo: “Los hechos necesitan al historiador para volverse interesantes. / Mientras la imaginación no lo acendre, todo acontecimiento es trivial” (Gómez Dávila, 1977b, p. 15). El hecho bruto no es lo que la historia describe, por el contrario, la historia es la percepción de un sentido que envuelve la aparición del hecho. Porque, como lo señala Hayden White, las narrativas históricas son “ficciones verbales cuyos contenidos son tanto inventados como encontrados y cuyas formas tienen más en común

con sus homólogas en la literatura que con las de las ciencias” (2003, p. 109). Además de la dificultad en poder expresar un hecho sin la intervención de un sentido que el historiador está configurando, el acontecimiento, sin embargo, se revela desde unas pautas que distan de las consideraciones teleológicas que en ciertos casos se permiten poner en evidencia las asimilaciones historicistas que las filosofías de la historia revelan. En este punto es posible identificar un problema fundamental que Gómez Dávila expresa en buena parte de su obra con respecto a la asimilación de la historia. En efecto: “Hay tantas distintas historias posibles de cualquier acontecimiento como haya distintos historiadores posibles” (1977a, p. 371).

La historia, configurada desde esta asimilación, es una expresión constituida mucho más allá de los acontecimientos o los hechos dados. La historia invoca una exégesis que da coherencia a la multiplicidad de fenómenos, una coherencia que el historiador crea desde una comprensión y una hermenéutica que proporciona un sentido de lo que una época experimenta, vive, asimila. La historia es así una tarea interpretativa, una exigencia hermenéutica. El interés que este asunto suscita en los abordajes gomezdavilianos no es poco, pues son muchos los escolios dedicados a este tema. Así mismo, Volkening revela una apreciación análoga al elegir y comentar una buena parte de escolios referidos a dicha temática, siendo una de las más comentadas por él.³

3.1. La historia como comprensión de un sentido

Es evidente que no solo la lectura de la historia, sino, ante todo, el intento por desvelar el papel que cumple, su sentido y metas, fueron objeto de una ocupación reiterada. Y en dicho abordaje, las tentativas por explicitar el papel que el historiador cumple no fueron pocas dentro de las explicaciones registradas en los *Escolios*. Qué dice, cómo, cuál el objeto, cuál su límite, son parte de las preguntas que Gómez Dávila plantea en su observación de la historia, así como

³ Precisamente, comenta el último esolio citado aludiendo al carácter autónomo e independiente del acontecimiento o hecho, e indica el enfoque hermenéutico definido en la óptica o perspectiva del historiador. Véase: Volkening (2020, p. 201).

de la determinación del historiador y la constitución interpretativa que se extrae tanto del hecho histórico como del contexto que lo envuelve y, sobre todo, de la historicidad que converge en la concreción de cada individuo.

Una cosa es entonces lo que sucede, el aspecto fáctico, el cual no puede ser desvelado sin que esté revestido de una contextualización a la que debe apuntar el historiador capaz de descubrir lo que rodea la materialidad del hecho. Esta concepción expresa una noción ajena a una definición positivista de la historia y define la tarea histórica como el descubrimiento de un *sabor*, de un *gusto* propio desde el que se consolida la comprensión histórica que circunda un colectivo. Existe así una conexión inequívoca con la hermenéutica al intentar exponer el contexto, es decir, la constitución interpretativa que puede explicar una época, un período:

Gómez Dávila, pese a que ninguna filosofía de la historia logró convencerle, supo bien que el lastre que pesa sobre la memoria solo se transforma en iluminación del espíritu cuando el historiador descubre un esquema filosófico en el que los hechos se ordenen como en un mapa de manera que nos permitan comprender a cada uno qué fue lo que pasó (Gutiérrez, 2013, p. 37).

Esquema que está definido por la propia precomprensión, puesto que, como el autor de los *Escolios* señala: “El pensamiento no parte de una observación o de un experimento, sino de un prejuicio. / El prejuicio es el órgano de apropiación intelectual del universo” (Gómez Dávila, 1977a, p. 362).

Con base en estas características, es identificable el problema que subyace en la apropiación de lo histórico. La historia, el relato histórico, no puede darse sin una precomprensión, no hay una historia pura, sino definida por la actividad hermenéutica del historiador que se apropia del clima, del contexto que se respira en una época cualquiera. Este estatuto de lo previo, el prejuicio en cuanto tal, en el sentido hermenéutico que se encuentra, por ejemplo, en Heidegger, determina no solo la interpretación dada en una exégesis como las de cualquier filosofía de la historia (sujeta a una teleología y linealidad), altamente vilipendiadas por Gómez Dávila, sino también en las que se revelan a la luz de cualquier historiador, aun de quien no

esté inmerso en los principios historicistas. Es aquí donde radica el problema, pues no solo la comprensión global de estas últimas implica un prejuicio, sino la que se pueda establecer desde una óptica particular. En otras palabras, toda interpretación, provenga o no de una concepción historicista, falsifica los hechos.

Sin embargo, es interesante cómo la concepción gomezdaviliana asume la tarea del historiador no necesariamente como la exigencia de descubrir los hechos y traerlos a la luz, sino la de interpretarlos, de exponer un cierto orden que los engloba y, básicamente, los define dentro de la comprensión vivida por quienes, de manera directa o no, vivieron esos hechos. Por ello:

– Los historiadores recientes atribuyen más importancia a la geodesia de la historia que a su climatología.

Gran historiador, sin embargo, es el que puede permitirse dibujar un mapa erróneo de los sucesos de una época, siempre que acierte a evocar su “espíritu”, su “alma”, su “sabor”, su “color”, su “clima” [...] (Gómez Dávila, 1977a, p. 352).

Todas estas expresiones metafóricas aluden al contexto histórico, al aire que respira una época como sentido compartido que se aprehende, se vive, se experimenta. Por tanto, más que en los hechos brutos, la historia se enfoca en la significación que representan para quienes son partícipes de estos y, por supuesto, para quienes los abordan con posterioridad.

Volkening comenta ese escolio aludiendo al carácter artístico que debe poseer el historiador para poder asir tales características: “Para ello se requiere un olfato, una sensibilidad de historiador-artista que el vilipendiado siglo XIX aún poseía, y que en el nuestro ha desaparecido casi por completo” (Volkening, 2020, p. 183). Es obvio que los dictámenes positivistas dan al traste con una asimilación de estas características. Al integrar los hechos bajo una perspectiva que los explique o reconstruya, definiéndolos dentro de unos parámetros generales que en muchas oportunidades derivan de la creatividad narrativa del historiador, se invoca un registro hermenéutico-artístico que pueda establecer el contexto vivido o experimentado en el pasado.

Ese clima o sabor, como lo denomina el pensador bogotano, vale más que los hechos, aun cuando no deje de ser una interpretación,

pues lo que llamamos contexto no puede tampoco constituirse como una realidad inequívoca, mucho menos como un hecho. Es importante resaltar, no obstante, la peculiar explicación que Gómez Dávila confiere a ese *contexto* que agrupa determinadas circunstancias y peculiaridades diseminadas. En varias oportunidades hace uso del término *esencia* para designar justamente el clima que rodea a los hechos. Conscientes de la oscuridad que lo circunda, por cuanto el autor no lo precisa ni lo define, es necesario esclarecerlo:

- La historia no tiene el propósito de relatarnos lo que el hombre hace, sino lo que es. La historia no cataloga sus actos, revela sus modos. La historia no redacta el repertorio de las aventuras humanas, la historia exhibe las esencias de humanidades sucesivas (Gómez Dávila, 1977a, p. 466).

Este escolio es fundamental para poder comprender el sentido que prescribe no solo el propósito de la historia, sino lo que revela al incorporar la idea de un *modo de ser* o esencia dentro del desenvolvimiento humano.⁴ En este escolio no deja de llamar la atención la conexión que tiene la historia con la comprensión hermenéutica de una época, con las características contextuales, con el aire que se respira. Lejos de asumir el relato histórico como consigna de los actos del hombre, se considera por el contrario una asimilación del modo de ser, una perspectiva que engloba una realidad no definida por los hechos sino por las representaciones espirituales que consignan un sentido previo, una presencia abstracta o simbólica que envuelve lo que el hombre es en una época. Si bien podría pensarse que se asume una abstracción universalista determinante en la configuración del hombre, no es lo que Gómez Dávila intenta presentar. De hecho, tal como lo mostraremos más adelante, la presencia de la individualidad y lo singular en la constitución de lo histórico es un rasgo determinante en la concepción que se tiene de la historia en los *Escolios*.

Por otra parte, el rasgo que se desea resaltar es la manera como los seres humanos comparten unas vivencias, unos rasgos, unas ca-

⁴ Gómez Dávila utiliza el término en el sentido de una peculiar manifestación del espíritu humano en una época. Se trata entonces de una noción de identidad dentro de un contexto histórico particular en el cual se desenvuelve un cierto *modo de ser* que revela particularidades espirituales, simbólicas, culturales.

racterísticas que se instauran como dominios espirituales y moldean la comprensión cultural que se tenga. En otras palabras, se comparte un entorno, un contexto que es definitivo en la visión propia y del cual no se puede escapar como conciencia colectiva que modela ciertos rasgos de cada individuo. De esta manera, llega a ser más importante ese contexto que los hechos, el ser que los actos. Por esa razón, es comprensible por qué “El historiador acierta cada vez que asume la historia del arte como paradigma de la historiografía [...]” (Gómez Dávila, 1977a, p. 466).⁵

Ahora bien, al establecer una época a la cual pueda otorgársele un sentido general, se estipula lo que bien puede denominarse un espíritu del tiempo. Ese *Zeitgeist* envuelve al individuo en la medida en que constituye unos parámetros de interpretación que lo definen, lo determinan, lo modelan. Concebir un manifiesto interpretativo de estas características puede hacer ver la individualidad histórica como una caricatura sin valor, al estar inmersa y precisada por ese sentido interpretativo envolvente. Pero el color, el espíritu o clima propio de una época es cierta conciencia generalizada que influye en el individuo sin que por ello lo opaque, es decir, niegue su realidad concreta, histórica y única. A pesar, entonces, de los paradigmas que caracterizan una época, y de la carga cultural que define al individuo, este no deja de fijar su realidad desde sí, desde un ámbito particular pues, como lo expresa muy bien Gómez Dávila: “El historiador inexperto disuelve al individuo en conceptos; el historiador competente lo coloca en una encrucijada de constantes; el gran historiador ve en él un universal concreto donde su contexto se compacta” (Gómez Dávila, 1977a, p. 198).

Hay en efecto, a partir de lo encontrado en las exposiciones gomezdávilianas, una tensión entre esa universalidad de los tonos o esencias históricas y la individualidad.⁶ Pero lejos de establecer una

⁵ De manera acertada comenta Volkening este escolio al indicar que “[...] si la historia relata la sucesión de los modos del ser, las esencias, es en la obra de arte en la que más luminosamente se translucen esas esencias: no hay obra de arte auténtica que no sea símbolo” (1973, s. p.). Vista de esta manera, la obra de arte, y en general el mito, como también la literatura, pueden mostrar esos modos de ser que, a la luz gomezdáviliana, son más importantes que los hechos mismos. Son rasgos determinantes, sentidos hermenéuticos que definen una época.

⁶ Se abordará el tema de la individualidad y su historicidad en el último apartado.

solución tajante en pro de uno de los dos ámbitos, se consolida la tensión al arraigar la presencia de ambas posibilidades dentro del devenir histórico. Las esencias configuran el tono, el modo, el espíritu, como ya fue mencionado, pero también el individuo, dentro de esas constituciones históricas, emerge como receptor y agente de la historia, y en realidad de manera radical lo asume el escoliasta al revelar: “El historiador que desdeña la ‘superficie pintoresca de la historia’, pretendiendo convertirse en zahorí de ‘corrientes históricas profundas’, olvida que historia es lo que acontece al individuo de carne y hueso en un instante y en un sitio” (Gómez Dávila, 1977a, p. 353). La historia como acontecimiento de un individuo dentro de un contexto cualquiera. Así puede constituirse la tensión entre la universalidad y la individualidad; es decir, la tonalidad general que circunda la conciencia concreta y las acciones libres de los individuos.

3.2. La crítica al historicismo y a las filosofías de la historia

En tanto la historiografía pueda definir esencias o tonos desde los cuales se constituya una hermenéutica, esta visión implica una expresión contextualizada que en nada legitima la recepción de una visión teleológica de la historia como la que se instituye en toda postura historicista o fundante de cualquier filosofía de la historia. Es claro que, para el autor de los *Escolios*, el gran historiador sabe reconocer contextos, esas tonalidades que determinan épocas y definen en gran medida la labor hermenéutica. De ahí que para el propio Volkening esta posibilidad de leer los contextos es de *trascendental importancia para la historiografía* (2020, p. 151).

Ahora bien, definir una visión historicista es algo completamente distinto que en nada contribuye a la percepción que presenta Gómez Dávila. Pues la visión que sobre la historia tiene el filósofo colombiano se afianza en una hermenéutica histórica que margina, o mejor, contradice, toda posibilidad de fundamentar el determinismo. En ese sentido: “A no dudar: el indeterminismo histórico estricto es básico para la comprensión, o siquiera para un acercamiento a los designios de NGD [...]” (Volkening, 2020, p. 141). Es importante

resaltar que esta consideración parte no solo de los atributos que conciernen al arraigo de la singularidad e individualidad en el pensamiento de Gómez Dávila, sino de la postura, trágica si se quiere, desde la cual el desenvolvimiento histórico está atravesado por una consideración ajena a la racionalidad, enfocado en el carácter misterioso y enigmático del universo.

Esta percepción disuelve la racionalidad del devenir histórico, y es por ello por lo que existe una gran cantidad de escolios que abordan la temática, la cual es una de las que más atractivo suscitó en Volkening, como lo consigna en los numerosos fragmentos que comentó al respecto. En la medida de asimilar la historia como “la imprevisible aventura elaborada con las rutinas de la condición humana” (Gómez Dávila, 1977a, p. 329), se da preponderancia al carácter impredecible que subyace en los acontecimientos, los cuales no están sujetos a ninguna caracterización predeterminable.

Es de suma importancia la asimilación que hace así Gómez Dávila de los procesos históricos por cuanto no solo revela su concepción particular enmarcada en el realce que va otorgando al individuo y su presencia, como agente de su propia historicidad, sino porque consigna una crítica muy férrea al determinismo histórico que en buena medida concibe como una metafísica: “La historia se emancipa al fin, como las ciencias, cuando renuncia a buscar ‘causas’. La búsqueda del ‘por qué’, en historia como en física, esconde metafísicas vergonzantes” (Gómez Dávila, 1977b, p. 141). El tono de confrontación para con las expresiones que intentan salvaguardar la racionalidad y el determinismo de la historia se afianza en la perspectiva misteriosa, azarosa y trágica que concentra el pensamiento gomezdaviliano en varios temas y, también, en el que cruza su apreciación sobre lo histórico. Veyne plantea en los siguientes términos una apreciación similar:

Todo historiador sabe por experiencia que, cuando intenta generalizar un esquema explicativo, construir con él una teoría, se le deshace entre las manos. En suma, la explicación histórica no sigue vías trazadas de una vez para siempre; la historia carece de anatomía. No puede encontrarse en ella “lo sólido tras la apariencia” (Veyne, 1984, p. 183).

Al intentar precisar la labor historiográfica, además de las características de lo que se define como histórico y el sentido o no de estas, Gómez Dávila hace manifiesta una problematización del concepto de historia. Es debido comprender su crítica al historicismo, y a todas las concepciones racionalistas del desenvolvimiento histórico, como un enfoque que deriva fundamentalmente de su percepción general del universo, de su visión trágica y rota: “Mientras más opaco, más incoherente, más misterioso nos parezca el universo, más suavemente nos alberga” (Gómez Dávila, 1977a, p. 279).⁷ En la medida en que contrarresta los alcances de una linealidad y un sentido, el pensador colombiano destaca la presencia del azar, de lo fortuito, de lo inesperado dentro de los procesos y, sobre todo, de los individuos. Porque una cosa es la historia, es decir, el relato historiográfico cuya tarea emprende el historiador como intérprete de sentido, de las *esencias* o modos; y otra muy distinta es el carácter histórico que vive o experimenta el individuo, quien, dentro de un contexto cualquiera, no por ello deja de tener una aprehensión individual y concreta.

3.3. Singularidad e historicidad

Es significativo el hecho de que la comprensión de la historia en Gómez Dávila esté signada por la libertad. La crítica a la sistematicidad de la historia y al carácter de necesidad que la define pasa por la advertencia implícita de asumir el carácter libre que signa la presencia de los actos y hechos humanos. Sin la libertad no puede pensarse la impronta que catapulta a la singularidad y a la individualidad como hechos o realidades fundantes de lo histórico. Para Gómez Dávila, el movimiento de la historia está fundado precisamente en la irreductible condición humana determinada en la realidad concreta de los singulares.⁸ En sus posibilidades, la historia germina y

⁷ Este escolio es comentado por Volkening, quien destaca la manera como Gómez Dávila siente el universo: “En último análisis, se trata de algo extrañamente indefinible, ambiguo, suspendido entre los dos polos de la angustia cósmica y la sensación del *Geborgensein*, de una afinidad entre el hombre y el universo, el microcosmos y el macrocosmos. Creo que este es uno de los más profundos e insondables escolios de NGD” (Volkening, 2020, p. 137).

⁸ Singulares tanto en el contexto de las personas, de los individuos, como en el de los hechos particulares. En ambos casos se alude a un nominalismo que abordaremos más

permanece en movimiento. Esta visión es importante para resaltar, así mismo, la poca estima que el autor demuestra por las interpretaciones sociológicas y, en general, por la sociología. Ahora es posible comprender la razón de su animadversión, en la medida de asimilar el carácter totalizante que se cierne sobre el individuo bajo un patrón que lo ahoga, intentándolo constreñir por medio de abstracciones vagas que no pueden definirlo.

La comprensión total de un acontecimiento -o de una serie de acontecimientos-, así como su explicación y esclarecimiento, es una pretensión fútil que no puede darse, en vista de las características que envuelven azorosamente la aparición de un fenómeno en la historia:

[...] no nos debe extrañar que Gómez Dávila haya dedicado numerosos aforismos a fustigar la insuficiencia de esa Historia científica con pretensiones totalizantes para ofrecer una explicación de los problemas y aun de los meros hechos que nos permita comprenderlos. En unos casos, el objeto de su desdén será la incapacidad de la Historia, como tal, para hacerse cargo de las tareas que se arroga o impone [...]; otras veces hará ver que la ausencia de sentido de la Historia es radical, pues si el objeto de esta es dar cuenta del devenir de la humanidad, la esencia de este le será siempre inasible [...] (Sánchez, 2015, p. 5).

La explicación no puede ser entonces total, básicamente porque la historia no está regida por leyes inexorables, por determinismos totalizantes. Lo fortuito, así como la libertad, cobran mayor relevancia en la medida de no someter los acontecimientos al constreñimiento de una elucidación absoluta.

Por otra parte, además de estas características, se debe tener presente la constitución problemática que surge de la contrariedad suscitada entre lo universal y lo particular, lo general y concreto, de la cual se ocupa Volkening con sumo interés. En sus comentarios supo reconocer los problemas que convergen en la tensión presente entre la generalización del espíritu de la época y la irreductibilidad del individuo. De hecho, entre sus apuntes hay una línea, entrecortada por la discontinuidad de las glosas, en la que se puede detallar el recorrido que hace en la medida de ir leyendo ciertos escolios que abordan

adelante.

el tema. Lo que hace en sus notas es detallar el carácter concéntrico del pensamiento de Gómez Dávila, es decir, identificar cómo, en algunas ocasiones, pueden describirse una serie de ideas muy maduras que están desenvolviéndose fragmentaria y episódicamente en la obra. Dicho sea de paso, fue un lector capaz de darse cuenta de que ese carácter concéntrico del cual habla el propio Gómez Dávila sí es posible identificarlo en ciertos temas reiterativos que concentraron el interés del autor y motivaron unas reflexiones que, a manera de *leit motiv*, fluyen a lo largo de tantos fragmentos.

En el caso particular de la historia y los aspectos afines, Volkening destaca la problematicidad de la tensión ya señalada en los siguientes términos: en primera instancia, advierte la posibilidad de que la visión de la historia en Gómez Dávila esté atravesada por una suerte de nominalismo radical (Volkening, 2020, p. 91). Sin embargo, una noción de historia que base su sentido solamente en el individuo no deja de traer problemas. Es por ello por lo que el comentarista se percata de este inconveniente y afirma:

Tras maduras reflexiones me veo en la necesidad de corregir y ampliar lo que observé ayer con respecto al último esolio de la página 270 del Tomo II. Primero que todo he de admitir que el nominalismo llevado al extremo del *universalia sunt nomina*, lejos de crear un clima propicio para la gran historiografía, disuelve y desintegra la historia sin dejar más que un campo de batalla sembrado de *disjecta membra*, de hechos incoherentes, opacos, ininteligibles. En este sentido, Tolstoi -el de *Guerra y paz*- es nominalista *pur sang*. NGD, en cambio, cuando habla del “universal concreto”, retorna, si no estoy muy equivocado, al *universalia sunt in re* de la alta escolástica; y en esto tiene toda la razón, como filósofo y como historiador. Ciertamente, nunca llegará a serlo quien carezca de órganos para captar lo singular e individual en el acaecer histórico, pero lo mismo le pasa al que sólo ve lo singular e individual sin advertir “el contexto total a que pertenece”. Y ese contexto, ¡qué es sino la estambre de relaciones específicas dentro de las cuales se halla inserto lo singular e individual, el hecho histórico *kat exochen!* (Volkening, 2020, p. 93).

Este comentario es interesante por cuanto no solo examina con mayor detalle la idea desarrollada por Gómez Dávila, sino porque evidencia el recorrido hermenéutico que Volkening va llevando a cabo. Mientras avanza en las lecturas, sus ideas van alimentándose

y sus perspectivas van orientándose hacia consideraciones más definidas y, sobre todo, proyectadas hacia implicaciones novedosas que pueden llegar a asumirse como ejes problemáticos derivados de los alcances de las nociones de Gómez Dávila.

Ante la infinidad de hechos y acontecimientos singulares, un acogimiento radical de estos no sería más que un inmenso cúmulo de dispersiones desperdigadas que no ofrecerían a la historiografía ningún tipo de cohesión u orden. Sin embargo, plantear como criterio historiográfico un universalismo que vea en la generalidad del contexto el fundamento de esta labor, no sería sino el error simétrico. Por ello, la manera de dirimir esta tensión es la de concebir una complementariedad que no ahogue lo singular ni totalice la generalidad.

Unas páginas más adelante encontramos un comentario que sintetiza muy bien el sentido de lo que Gómez Dávila establece:

[...] el individuo o “universal concreto” contiene en forma abreviada, comprimida, condensada, aquel contexto necesariamente más amplio al que pertenece [...] pero -he aquí lo esencial- en él no se resume ni con él queda totalmente identificado [...].

De lo contrario la historia no sería más que sociología, y el individuo mero epifenómeno del medio circundante [...] (Volkening, 2020, p. 97).

En estas ideas se condensa la problemática de la tensión señalada, porque si bien en ellas existe la posibilidad de zanjar las contradicciones, no es del todo claro que ello pueda darse de manera total. El individuo no puede subsumirse en el contexto, pues eso da pie a una imagen que en buena medida converge en un estereotipo facilista que en nada contribuye a la complejidad de lo histórico, razón por la cual la sociología se asimila casi siempre (en los *Escolios*) desde una posición crítica.⁹

Un reduccionismo de esta clase da al traste con la presencia de

⁹ Son muchos los escolios en los cuales se puede encontrar una crítica a la sociología. En relación con la idea que se está desarrollando aquí, esta consideración es muy esclarecedora: “Cuando la individualidad se marchita, la sociología florece” (Gómez Dávila, 1977a, p. 421). Como crítico de una visión universalista de la historia, Gómez Dávila sí tiene un enfoque completamente nominalista, al establecer el carácter definitivo de la singularidad, la cual, tanto asumida como individuo o hecho particular, conserva su propiedad sin dejarse subsumir en la generalidad, en este caso, la que deriva de una apreciación sociológica que ahogue la expresión libre y única de la persona.

la individualidad, con el caso fortuito, con el surgimiento libre de las acciones que son precisamente las que mueven la historia. Ese movimiento se da entonces por el flujo que la libertad posibilita. El individuo mueve la historia sin estar sometido a la cohesión totalizante de un contexto, aunque aquel no deje de estar incluido en este. Existe pues, una influencia que se ejerce desde el contexto general, sin que por ello se anule la libre irrupción que, desde lo individual, logra rebasar y superar la generalidad del contexto. En esta apertura hacia la imprescindible necesidad de lo fortuito y azaroso que aparece con la irrupción de lo singular, se concibe la historicidad como tal.¹⁰ Es decir, la inmersión concreta en la temporalidad signada por la libertad, erigida desde las posibilidades infinitas que se abren en un movimiento ajeno al determinismo. De ahí la atracción que tiene para el autor de los *Escolios* la fuente asombrosa de lo milagroso, de lo impredecible, pues solo en esas esferas es posible concebir la historia como flujo constante de la libertad humana.

4. Conclusiones

El abordaje que Volkening emprendió con la lectura de los *Escolios a un texto implícito* se desenvuelve en varios tópicos que se comentan y nutren en sus anotaciones. En concreto, los que se circunscriben al urbanismo y a la historia se concentran bajo una orientación básica: el carácter mágico, misterioso, sagrado y enigmático que circunda al universo y al ser humano. En ambos temas, a pesar de su distinción, interviene esta característica que explica en cierto sentido los matices revelados en ellos a través de los planteamientos tanto de Gómez Dávila como de Volkening.

Entre las percepciones de la ciudad y los efectos que graba sobre el habitante o transeúnte, se destaca la asimilación de lo que, percibiéndose como propio, se acoge en un sentido personal, auténtico. Es por ello por lo que la ciudad moderna, ajena a esos planteamien-

¹⁰ Igualmente, Gómez Dávila concibe la noción de una “historia” que debe relatarse como tragedia y no como desacierto (1977b, p. 70), con lo cual no solo reitera su confrontación con el determinismo, sino que invoca también de manera implícita la constitución azarosa que involucran las múltiples formas, los intereses y desplazamientos que constituyen lo trágico en la historia.

tos, expulsa de su entorno a la persona, la excluye, la cosifica, la convierte en instrumento. Esta crítica es fundamental para poder comprender la perspectiva que, desde un referente reaccionario como la idealización del pasado, y más si es un pasado que involucra el ambiente bucólico y natural, logra disponer una animadversión explícita al urbanismo moderno definido en la industrialización, la normatividad mecanicista, la homogeneidad de la ciudadanía y su despersonalización. Estos rasgos definen el abandono de la sacralidad y la exclusión de un entorno auténtico que el urbanismo, en cuanto representación del hombre moderno, no es capaz de reproducir.

Las apreciaciones alrededor de la historia permiten revelar problemas concernientes al sentido e interpretación de esta, a la finalidad o al determinismo a la cual es confinada bajo ciertas consideraciones y, por último, a la historicidad, que enmarca la tensión entre la individualidad y el contexto o modo de ser de una época. Una hermenéutica histórica ha de establecer la necesidad de concebir el relato historiográfico como una comprensión que parte necesariamente de un prejuicio, de un contexto. Los hechos no pueden interpretarse de manera neutral, se asimilan bajo los patrones narrativos que el historiador plantea, lo cual hace manifiesta una clara tendencia antipositivista en esta concepción.

Ahora bien, esa contextualización debe nacer, de acuerdo con la exigencia gomezdaviliana de una historiografía válida, de lo que se denomina esencia histórica o el modo de ser de una época. Son esos contextos los que envuelven el clima de un período y logran definir una clasificación. Esta abstracción histórica no es un óbice, sin embargo, para el despliegue del individuo, o de la experiencia concreta de los episodios que, aun circunscribiéndose a un período, logra establecer su independencia o especificidad. Así se consolida una concepción nominalista de la historia que rescata la individualidad de la abstracción de la generalidad del contexto o esencia, pero no por ello la deja dispersarse en un caos anecdótico de particularidades. De la individualidad, del carácter libre del cual está revestida, se consolida el rechazo hacia los determinismos históricos, formas racionalistas de concebir un proceso que en gran medida está arraigado en el carácter trágico, misterioso, libre y fortuito que acoge al hombre y su desenvolvimiento **☞**

Referencias

- Giraldo, E. y Cardona Aguirre, M. C. (2018). Ernesto Volkening y Nicolás Gómez Dávila: formas marginales en un diario de lectura de 1973. *Revista Chilena de Literatura*, (98), 209-230. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22952018000200209>
- Gómez Dávila, N. (1977a). *Escolios a un texto implícito I*. Instituto Colombiano de Cultura.
- Gómez Dávila, N. (1977b). *Escolios a un texto implícito II*. Instituto Colombiano de Cultura.
- Gómez Dávila, N. (1986). *Nuevos escolios a un texto implícito I*. Procultura.
- Gutiérrez, C. B. (2013). La hermenéutica de Nicolás Gómez Dávila. En D. Pizano (Ed.), *Coloquio en el centenario de don Nicolás Gómez Dávila (1913-2013)*. Universidad de los Andes.
- Montaigne, M. de (1995). De la soledad. En *Ensayos I* (M.^a D. Picazo y A. Montojo, Trads.). Altaya.
- Peña Barrera, C. (2010). Amberes-Bogotá: interpretaciones de lo doméstico en Ernesto Volkening. *Dearq*, (7), 144-151. <https://doi.org/10.18389/dearq7.2010.14>
- Sánchez Saus, R. (2015). Nicolás Gómez Dávila: La historia y la búsqueda de la verdad. *Revista Hispanoamericana*, (5), 1-9. https://revista.raha.es/15_art2.pdf
- Thoreau, H. D. (2004). *Walden* (J. Alcoriza y A. Lastra, Eds.). Cátedra.
- Veyne, P. (1984). *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia* (J. Aguilar, Trad.). Alianza.
- Volkening, E. (1973). Sin título. Manuscrito no publicado (5 cuadernos). Biblioteca Luis Ángel Arango, Colección de libros raros y curiosos.
- Volkening, E. (2019). *Los paseos de Ludovico*. Universidad de los Andes.
- Volkening, E. (2020). *Diario de lectura de los Escolios de Nicolás Gómez Dávila. Cuadernos I y II*. Universidad de los Andes y Universidad EAFIT.
- White, H. (2003). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos* (V. Tozzi y N. Lavagnino, Trads.). Paidós.